Los Testimonia Hispaniae Antiqua, los ilergetes e Ilerda

Desde hace ya algunas décadas se venía incidiendo en la necesidad de una revisión —o más bien de una nueva versión—, de las *Fontes Hispaniae Antiquae* (FHA) iniciadas en 1937. Paradójicamente ello sucedía cuando aún no había concluido la serie que fundaran A. Schulten y P. Bosch Gimpera y publicara la Universidad de Barcelona. Durante un dilatado lapso de tiempo no apareció ningún fascículo, pero los anteriores eran ciertamente ya veteranos en su mayor parte. El último de ellos, el VII, no lo hizo hasta 1987. Éste se vio libre de las principales objeciones que se habían puesto a los fascículos anteriores que aconsejaban la citada revisión, pues carecía de aparato crítico y contaba con una cuidada traducción. Además se trataba de los suficientemente conocidos textos de Mela, Plinio el Viejo (de ambos existían excelentes traducciones previas) y Tolomeo (sus características no hacían tan apremiante su traducción, de la que había escasos antecedentes en nuestro país).

Las objeciones que se hacía a FHA y que sugerían la revisión eran diversas, pero pivotaban básicamente sobre dos características que son justamente las que nos interesan para el asunto que tratamos: los textos eran incompletos en tanto que a veces aparecían carentes de un necesario contexto para su correcta interpretación (incluso en algún caso había alguna notable omisión) y, en los comentarios, privaban en exceso las interpretaciones subjetivas (sobre todo las de A. Schulten). Las últimas habían significado un importante escollo al haber adquirido naturaleza de autenticidad, pesando negativamente en la investigación de la antigüedad hispana durante demasiado tiempo.

Con J. Mangas y D. Plácido como editores, los *Testimonia Hispaniae Antiqua* (THA) surgieron como un proyecto de presentar precisamente las fuentes antiguas alusivas a Hispania en su totalidad, con traducciones nuevas y con comentarios actualizados a cargo de destacados especialistas que evitaran los personalismos excesivos. En 1994 apareció el primer tomo que, al igual que sucedió en su momento con el primero de las FHA, estaba dedicado a la obra de Avieno, justamente una en las que los comentarios subjetivos de Schulten eran más patentes. Circunstancias diversas —entre ellas la desaparición de la editorial que había de publicar la serie— hicieron que el tomo siguiente, el II A (*La Península ibérica en los autores griegos: de Homero a Platón*) ya editado por la Fundación de Estudios Romanos y la Editorial Complutense, no lo hiciera hasta 1998. La edición regular parece ahora asegurada: en 1999 apareció el II B (*La Península ibérica prerromana de Éforo a Eustacio*), con lo que se disipa el temor de que la nueva serie fuera a correr igual suerte en cuanto a publicación irregular que su predecesora.

Con tres tomos ya aparecidos, podemos al menos preguntarnos si los objetivos propuestos han sido en ellos aceptablemente conseguidos, sin perjuicio de que los siguientes fascículos, como es lógico esperar, corrijan los defectos —mínimos en todo caso— que se hayan señalado para los editados. Por mi parte no entraré en un juicio global —al menos en cuanto a lo que hace a las traducciones carezco de la suficiente autoridad frente a los especialistas responsables—, pero si me detendré en el trato que se da en lo que respecta a un *populus* y a una *civitas* sobre los que he venido personalmente trabajando desde hace algunos años. Se trata de los ilergetes y de la ciudad de Ilerda. El ejemplo que elegimos puede quizás servir como muestra aplicable, por extensión, aparte de los citados comentarios dedicados a otros pueblos y ciudades. El trabajo desarrollado en Lleida durante las dos últimas décadas ha sido eminentemente arqueológico, pero ha sido pareja una revisión de las fuentes escritas y de la epigrafía. El ser en alguna manera uno de los protagonistas de estas investigaciones es el que me mueve a escribir las líneas que siguen.

Para lo que nos interesa, en el tomo I (Avieno, *Ora maritima*, trad. de P. Villalba), como es bien sabido, sólo contamos con una cita (v. 476), de una problemática Ilerda que, en principio, no parece tratarse de la del occidente catalán por cuanto la enumeración de ciudades y accidentes geográficos comienza por el sur y es mencionada, tras un excursu dedicado a las Baleares, como primera ciudad de los iberos con anterioridad a Hemeroscopio o Sicana, que se encontrarían más al norte. Por tanto parece que habríamos de situarla en la provincia de Alicante. El problema es que no se cita nunca más ninguna ciudad de ese nombre en la zona. Caben pues dos opciones que señalaron en su momento distintos investigadores: o se trata de una duplicidad de nombres, cosa no rara en la Antigüedad, o bien se trata de un error del autor bajoimperial. Por otra parte no está de más recordar el carácter de la obra de Avieno, en la cual la exactitud de los datos no era precisamente uno de los fines que guiaban la redacción. Al tratarse de una obra cultista que, siguiendo una moda del momento, intentaba imitar los escritos de antiguos navegantes, el posible carácter práctico no privaba sobre la deliberada recreación de modelos literarios vetustos. Sin embargo tampoco ello es convincente para interpretar el pasaje concreto.

El comentario, debido en este caso a J. Alvar (págs. 135-136), se enfrenta como era de esperar a este problema de situación excéntrica. Precisamente considera que Hemeroscopio, bien que griega, es la ciudad más sureña de los iberos —en el sentido geográfico restringido que Avieno da a este pueblo— aunque propiamente ibera sería Sicana, mientras la más norteña, antes de los Pirineos, sería Ilerda, que habría de ser la antecesora de la actual Lleida. Su posición en el discurso se ve “dislocada por el excursu baleárico” y tras mencionarla torna al lugar de la costa levantina donde la había dejado antes de tratar de las islas. De hecho, un año antes de la aparición del tomo, J. Alvar ya había considerado que la inserción en este lugar era “causante de una polémica en mi opinión excesiva, pues no hay que recurrir ni a movimientos migratorios, ni a dos ciudades homónimas, sino que se trataría de un *lapsus* de Avieno” al que no sería ajena la batalla

del 49 aC. Según ello, esta mención se debería a su mención en el *Bellum Hispaniense* (*sic*; en realidad debe querer decir el *Bellum Civile*, que es donde se describen los acontecimientos que junto a *Ilerda* tuvieron lugar en ese año) (J. Alvar, “Las ciudades del litoral ibero según las fuentes clásicas”, *Leyenda y arqueología de las ciudades prerromanas peninsulares*, Madrid, 1993, 7-22, 11, nota 9).” Parece que, de esta manera, se puede resolver la cuestión de *Ilerda* con mayor facilidad que suponiendo movimientos migratorios o duplicidad de nombres.” Ciertamente se trata de una atractiva interpretación, pero, como tantas en el mundo antiguo sólo posible. Es difícil solventar tan extraño pasaje. Por otra parte, si se refiriera a la situada tierra adentro y no precisamente en las costas mediterráneas ni en el sur del País Valenciano, estoy de acuerdo en que se trata de una interpolación posterior al periplo original, debida quizás al conocido encuentro entre pompeyanos y cesarianos, o a la importancia que tuvo la ciudad y el *populus* ilergete desde fines del siglo III aC (inusual extensión territorial, por ejemplo) según las fuentes escritas y numismáticas.

Como fuere, prescindiendo de otras consideraciones, el comentarista da por hecho que nuestra *Ilerda* ya existía en el siglo VI aC, fecha admitida como la del periplo masaliota en que se basó Avieno. Equivale a decir que la ciudad, con todo lo que ello significa y conlleva en el antiguo mundo mediterráneo, ya era conocida entre los iberos en fecha tan temprana. Ello, desde luego, no resulta fácil de admitir. Por supuesto, entendiéndola ciudad en cuanto a sinónimo de Estado. Aunque no lo exprese concretamente, Alvar es consciente de ello, y así propone que si en efecto el pasaje que nos ocupa ha de considerarse entre los estratos más antiguos de la obra —es una forma de expresar ciertas dudas—, “*Ilerda* en el siglo VI aC ...no supera el aspecto de pequeña aldea compuesta por unas cuantas cabañas, lo que hace prácticamente imposible su referencia en el periplo antiguo”. Ello parece en cierto modo significar que debía de tratarse de una interpolación posterior, lo que unido a la finalidad de la obra que antes indicaba, hace que no nos sea tan preciso buscar una interpretación a la mención de *Ilerda* en la provincia de Alicante, aún cuando ésta siga sin explicación. Lo de la “pequeña aldea compuesta por unas cuantas cabañas” no deja de ser una suposición, máxime cuando ni siquiera tenemos la certeza de la ubicación de la *Ilerda* posterior, pues aunque se supone en el actual solar de Lleida, la arqueología hasta el momento no lo ha podido demostrar. Los niveles más antiguos documentados en la ciudad no van más allá de fines del siglo II aC, si bien es cierto que hay materiales sin contexto, aunque escasos, que de todas formas son como muy antiguos, del s. V aC (sólo un fragmento cerámico del VI). Las monedas sin embargo nos hablan de una ciudad que acuña plata (ello indica capitalidad regional) al menos desde fines del s. III aC, con el nombre de *Iltirda*, la antecesora de *Ilerda*, que, presumiblemente, tenía ubicado su núcleo urbano en la actual Lleida.

Añade a continuación que “El primer acontecimiento relevante de la ciudad es su toma por César, relatada en el *Bellum Civile*”. Es cierto que el acontecimiento más importante que se desarrolló en la antigüedad en *Ilerda* fue la batalla de su nombre (aunque en realidad

no se dio en ella), siquiera sea por la trascendencia que tuvo el triunfo sobre los pompeyanos para el futuro de Roma y, por tanto, para el de todo el imperio. De ello es buen testimonio el número de fuentes escritas, específicas o no, en el que el hecho es tratado o tan sólo mencionado. Tal importancia es la que piensa Alvar que pudo incidir en la inclusión de *Ilerda* en la *Ora Maritima*, con lo que se trataría de una inserción posterior a los acontecimientos del 49 aC, según indicábamos antes. Sin embargo, creo que conviene recordar que no se trata del primer acontecimiento importante de la etapa republicana que tiene por marco la ciudad. Es verdad que a pesar del señalado papel que las fuentes alusivas a la Segunda guerra púnica otorgan a los ilergetes, *Ilerda* no aparece mencionada a pesar de que la numismática —dracmas y divisores en concreto— nos hablan de su existencia y de su preponderancia, pero si lo hacen las que se refieren a los sucesos de la primera parte del siglo I aC, en concreto los correspondientes a la etapa peninsular de Sertorio. Así, Salustio en sus *Historiae* (I, 122). Según éste, el sertoriano Hirtuleyo venció a los *optimates* Domicio y Manlio en la ciudad, dándonos el texto algunos datos topográficos identificables en la actualidad sin gran dificultad. El hecho es además recordado posteriormente por Paulo Orosio en su *Historia adversus paganos* (5, 23, 3). Por lo demás, recordemos que se ha convertido en un tópico repetir que el apoyo más importante de Sertorio se centraba especialmente en el triángulo formado por *Ilerda*, *Osca* y *Calagurris*.

En el mismo tomo, a cargo del Consejo Técnico, hay un comentario dedicado a los ilergetas (págs. 148-149). Es conciso y correcto: a través de los datos de A. Tovar (*Iberische Landeskunde III Tarraconensis*, Baden-Baden, 1989, 37-38), se refiere a las citas de Polibio y Livio en los primeros tiempos de presencia romana en la península, añadiendo después las ciudades que el siglo II dC cita Ptolomeo (2.6.67). Sin embargo, la cuestión es que tal comentario aparece referido a los v. 523-525 de Avieno, que en absoluto menciona a este pueblo. ¿Por qué precisamente, sin aparente explicación, se trata aquí de ellos, máxime cuando parecería más lógico hacerlo al tratar de *Ilerda*? Los versos en cuestión se refieren en realidad a los indigetatas, no a los ilergetas, y, en efecto, por ellos comienza el comentario citado, enumerando lo que se infiere de las fuentes y algunos problemas que éstas plantean, pero en el siguiente párrafo, sin justificación alguna, se ocupa de los ilergetes. ¿Se trata de un significado error por parte de la coordinación? En cualquier caso, el autor de la primera y consecuente parte es A. González Blanco, mientras de la segunda es el Consejo Técnico (es en esta en la que se confunde a ilergetas con indigetatas). En otro orden de cosas, siguiendo a A. Tovar, en el comentario se indica en lo que hace a los ilergetes que “Su organización política y militar les permitió absorber o dominar a otras tribus como las de los ilercaones, surdaones, bargusios, lo que configuró una monarquía oligárquica aglutinadora de todas las tribus menos destacadas de esta región”. Es evidente que se trataba del principal pueblo del nordeste, como decíamos, pero resulta arriesgado pensar en una monarquía aglutinadora de toda la región a pesar de que Indíbil y Mandonio pudieron contar con muchos pueblos aliados (los

ausetanos entre ellos) sin que por ello fueran necesariamente, en lo que a organización política se refiere, absorbidos por los ilergetes. Es siempre una explicación recurrente cuando ciertos pueblos no vuelven a ser mencionados tras un momento concreto. Por este motivo se supone que tuvo un escaso dominio territorial y fue posteriormente engullido por un vecino más fuerte. Cabría en todo caso admitir influencias o hegemonía, pero no hemos de pensar en un estado conquistador territorialmente amplio por lo demás ajeno a la tradición mediterránea, aunque en un momento dado un regulo pudiera ejercer un control real sobre diversas ciudades como ocurre entre los turdetanos. Nada nos hace pensar que los ilergetas lo hicieran precisamente con los ilerjavones del Bajo Ebro y Castellón, como a guisa de ejemplo se ha propuesto: Ptolomeo los mencionará aún en el siglo II dC como uno de los *populi* importantes. Otra cuestión es averiguar qué valor pudieran tener en fecha tan avanzada las divisiones étnicas del geógrafo alejandrino (desde luego, ninguna administrativa).

El tomo IIA, *La Península Ibérica en los tiempos griegos: de Homero a Platón*, 1998, presenta la ventaja de que tanto la edición como la traducción y el comentario tienen una misma paternidad: E. Gangutia Elícegui (el tomo contiene además un compendio de las más antiguas inscripciones griegas, que no nos afectan a nuestro asunto, a cargo de H. Rodríguez Somolinos). Decimos ventaja por cuanto se evita la casi inevitable disparidad que suele haber entre unas intervenciones y otras, como es lo usual en cualquier obra colectiva, aunque cuente con una buena coordinación.

Tan sólo una cita es la que nos atañe en este tomo, la de Hecateo de Mileto (antigua por tanto) conocida a través de Esteban de Bizancio (THA 23). Se trata de una breve noticia en que nos informa de que los *ileraugatai* constituyen un pueblo ibero, en Europa, y que además había un río con este nombre. El comentario (nota 316, pág. 154) recuerda que los *ileraugetes* suelen ser identificados con los ilergetes (llamados *Ilourgetai* por Polibio, 3.35.2) y propone para consulta una obra que en su momento ya se había caracterizado más por su voluntarismo que por su rigurosidad y que hoy está más que superada (R. Pita, *Los ilergetes*, Lérida, 1948), por lo que no se explica que se remita a ella para más información. El resto de la bibliografía que menciona son los manuales al uso y la recopilación de Tovar (*Ib. Land.* III, 46-47). No se hace con ninguno de los estudios recientes específicos (por ejemplo, entre otros, DD.AA., *Indíbil i Mandoni, reis i guerrers*, Lleida, 1997; I. Garcés, *Assimilació, resistència i canvi a la romanització en el món ilerget*, col. Tesis doctorals microfityxades, 1.422, Universitat de Barcelona, 1992; E. Junyent, "Els ilergetes", *L'Avenç*, 14, Barcelona, 1979, págs. 35-42; íd., "El poblamiento ibérico en el área ilergeta", *Actas de las Primeras Jornadas sobre Mundo Ibérico*, Jaén, 1985, págs. 57-65. Incluso si seguimos recurriendo a R. Pita, su posterior *Lérida Ilergete*, Lleida, 1975).

Curiosamente no menciona el problema que este pasaje ha suscitado tradicionalmente, que no es sino el de la posible condición de ancestros de los *ileraugetes* de los posteriores (a partir de fines del siglo III aC con seguridad) ilerjavones e ilergetes. Según una explicación que ha tenido vigencia durante décadas, el pueblo

al que se refería Hecateo debía habitar, como todos los que menciona, una región costera —la del Ebro y vecinas en nuestro caso— en torno a 500 aC. Desde la costa, remontando el río, tal pueblo se habría expandido hacia el interior, haciéndose fuerte y prosperando especialmente en la zona comprendida entre el Segre y el Cinca, de suerte que unos tres siglos más tarde el pueblo originario se habría escindido en dos que conservaban la misma raíz que sus antepasados en sus nombres: ilerjavones e ilergetes. En otras palabras, se habría producido una colonización a través de la gran vía natural que representa el Ebro hasta las llanuras occidentales catalanas y orientales aragonesas que, con el tiempo, había traído una clara diferenciación entre los emigrados y sus parientes costeros. Parece prudente, a la luz de los datos que ha proporcionado la arqueología en las dos últimas décadas abandonar tal postura, desde el momento que se comprueba que el proceso de formación de lo que conocemos como ibérico es tan antiguo en la zona costera del Ebro como en los yacimientos del bajo Segre. Nada hay que haga pensar en una colonización. Si que parece haberla en territorios oscenses, pero para explicarla no hay que recurrir a fechas lejanas, pues se trata de una penetración de los ilergetas en el siglo III. Es por lo tanto una postura poco creíble en nuestros días aunque de vez en cuando sigue repitiéndose, pero siquiera sea por el peso que ha tenido en la investigación durante tanto tiempo no hubiera estado de más referirse a ella.

Habría también que haber recordado en este punto que Plinio incluye la *regio Ilergetum* en la relación de las costas del levante peninsular (*n.h.*, 3.4.21). Desde luego, los únicos ilergetes que con seguridad conocemos en la etapa republicana son los del interior de Cataluña y oriente de Aragón, pero no deja de ser sugerente el que los de la *regio* pliniana pudieran ser "otros" ilergetes costeros, como indicó hace algunos años P. Jacob ("Un doublet dans la géographie livienne de l'Espagne antique: les Ausetans de l'Ebre", *Kalathos*, 7-8, 1987-1988, 135-147), que, añadimos, no serían quizás otros que los *ileraugatai* de Hecateo. Nuestra postura personal es escéptica en cuanto a la verosimilitud de lo anterior, pero en cualquier caso es un tema abierto que no es conveniente obviar al tratar la mención del autor griego.

No menos interés tiene la mención de un río homónimo. En este punto es interesante el comentario que se le dedica (pág. 155): "sin embargo, posiblemente los *ileraugetas* no estaban mencionados en el texto de Hecateo, sino solamente el río a partir del que tomaban su nombre: el *Ileraugetes* podría ser el nombre antiguo del algún río del cuadrante NE de la Península, habiéndose pensado incluso en el actual Ebro". No se justifican las razones de tal suposición, ni vemos en que pudiera basarse con un mínimo de solidez. En todo caso nos parecería más coherente que hubiera ocurrido a la inversa —lo que no deja de ser también una suposición—, y no tanto porque jamás vuelva a paracer el Ebro en ninguna fuente con un nombre que sugiera un somero parecido con *Ileraugetes*, sino por el hecho de que partiendo de la casi total certeza de que el ibérico *iltir* o *iltur* (latinos *Iler-* e *Ilur-*) no es sino el equivalente a *oppidum* según la autorizada opinión de J. Untermánn, el nombre del *populus* que tratamos parece deberse más a los habitantes de una ciudad que

al curso de un río. Se trata de un componente que formará parte del nombre concreto de localidades como *iltirta/Ilerda*, *ilturo/Iluro*, *Iliberris*, *Iliturgis*, *Ilurco* y muchas otras. Parece que el nombre del curso fluvial que menciona Hecateo pudiera deberse simplemente a que era el río principal que discurría donde se encontraba este pueblo y le da el nombre del mismo. Por tanto es muy posible que fuera el Ebro, si bien se hace constar en THA que Tovar (*Ib. Land.* III, 46), manifiesta en este punto “su perplejidad ante el texto de Hecateo”. Quizás sea el *Oleum flumen* de Avieno (*Ora* 505) que identificamos con el Ebro. No obstante, pudiera ser también, sigue el comentario, el Cinca, llamado Wadi-l-Zaytun (es decir *Oleum flumen*) en la descripción de España de Razi. Parece más probable el primero: ni Avieno (o su antiguo periplo masaliota) ni Hecateo debían conocer el *Cinga*, tan alejado de la costa.

El tomo III B, *La Península Ibérica prerromana, de Éforo a Eustacio*, publicado en 1999, vuelve a ser una obra de diversos colaboradores. En lo que nos afecta, la traducción es de A. González Blanco y los comentarios de F. Salvador Ventura. Quizás lo primero que sorprende es volver a encontrar el texto de Estaban de Bizancio que ya había sido traducido y comentado en el tomo anterior. La breve traducción apenas difiere de la que había en el otro, pero sí el comentario. En él se incide que es un pueblo desconocido, aunque la proximidad fonética ha hecho relacionarlo con los ilergetes, y piensa el comentarista que el río de igual nombre podría ser el Segre (no el Ebro ni el Cinca que antes hemos visto). A este pasaje se añade otro de la edición de Mineke, 1958, 330, cuyo origen desconocemos y que presumiblemente se deba a una noticia más tardía. La traducción del breve texto es: “*Ilerda*, ciudad de Iberia, cercana a los Pirineos. A su ciudadano se le llama ilerdita.” El comentarista (pág. 195) alude a la inequívoca referencia a la antecesora de Lérida, lo que desde luego parece evidente, pero a continuación se refiere a que “*La Ilerda* antigua estaría situada en un lugar alto que domina el río Segre, concretamente donde se levanta la catedral. Las referencias antiguas son abundantes y se corresponden con un marco temporal que se extiende desde época de la Guerra Civil entre César y Pompeyo hasta época visigoda...” (sigue alguna mención concreta a las citas de Plinio y Ptolomeo). La objeción que se puede hacer a tal comentario no procede del mismo en sí, sino que, para más datos, nos remite a una publicación más que superada desde hace años y que contiene notables errores, como se ha hecho constar en varias ocasiones (F. Lara, *Lérida romana*, Lérida, 1972). En realidad tal publicación, con propósito divulgativo, no hacía sino recoger sin crítica todos los estudios anteriores, algunos muy antiguos no exentos precisamente de tópicos que entre los eruditos locales habían tomado carta de naturaleza (noticias poco fidedignas incluidas), tanto en lo que se refiere a la topografía y restos de la antigüedad como a las fuentes escritas, relacionadas de manera incompleta y con la inclusión de otras en realidad inexistentes. Es

decir, como ya hace muchos años expresara J. Arce se trata de una obra “a manejar con cuidado”. El caso es que desde hace ya muchos años intenté aportar una nueva visión de conjunto (A. Pérez, *La ciutat romana d'Ilerda*, Lleida, 1984, y, con más detenimiento y con al añadido de las novedades, importantes sobre todo en lo que a arqueología se refiere, *Lleida romana*, Lleida, 1991, amén de varios artículos y comunicaciones). En los últimos veinte años se ha producido un vuelco casi radical con respecto a lo que conocíamos de este importante *municipium*, no siendo secundarias la primera revisión y depuración de toda la epigrafía ilerdense en la década de los ochenta (G. Fabre-M. Mayer-I. Rodà, *Inscriptions romaines de Catalogne II. Lérida*, París, 1985), y los continuados trabajos arqueológicos en la ciudad (vid. resumen hasta 1996, X, Payà et al., “Evolució espacial i cronològica de l'antiga ciutat d'Ilerda”, *RAP*, 6, 1996, 119-149) que si ya eran muy frecuentes desde 1982 van a serlo aún más a partir de la década siguiente con la creación de un Servicio Municipal de Arqueología con personal cualificado, que, entre otras cosas, ha podido mostrar tras múltiples y en ocasiones extensas intervenciones que la ciudad romana se extendía en el llano comprendido entre el Segre y el arroyo Noguerola (justo en el lado opuesto donde proponía F. Lara), y si como dice el comentarista la ciudad antigua se encuentra en la colina de la Seu que domina Lleida y su llano, ello responde más a una aparente lógica que a una realidad comprobada, pues los restos, que debió haber, se fueron rebajando a través de los tiempos, de suerte que salvo en un breve espacio en la ladera frente al Segre, ningún nivel de época romana se ha documentado en ella.

Como observamos, son varias las objeciones que podemos hacer a THA, a través sólo del tratamiento de un pueblo y una ciudad sobre los que venimos trabajando desde hace años. Rehusamos entrar en otros puntos, aunque no deja de gravitar sobre el conjunto la idea de que nuestra parcela local no debe de constituir en los comentarios un caso aislado y similares reproches puedan hacerse para otros casos. Como fuera, ello constituye un problema secundario si lo paralelizamos con la extraordinaria aportación que THA representa para todos los estudiosos de la antigua Hispania como es la de contar con un repertorio completo de todas las fuentes escritas referidas a ella, con los añadidos de las ausentes en las FHA y la depuración de los ya incluidos en ésta. Ello es en realidad lo más importante. La lástima es que los comentarios, por diversos motivos, no en todos los casos achacables precisamente al autor, no siempre dan lo que se esperaba de ellos, aunque sí es verdad que, en lo que se ha publicado hasta el presente, evitan caer en los personalismos de A. Schulten.

Arturo Pérez Almoguera

Unitat d'Arqueologia, Prehistòria i Unitat Antiga
Universitat de Lleida
Plaça Víctor Siurana, 1
25003-Lleida